

Aprismo, Marxismo, Relativismo

Mario Castro-Arenas

Espacio - Tiempo - Histórico

El Apra es al marxismo lo que el protestantismo al catolicismo. Una heterodoxia - más que una herejía - que impugna la infalibilidad de los dogmas y la universalidad de la praxis. Filosóficamente el aprismo arranca del marxismo, de las fuentes originales creadas por Karl Marx, no del marxismo-leninismo y sus epígonos. "La doctrina del Apra - puntualiza Haya de la Torre significa dentro del marxismo una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con la tesis que Marx postulara desde Europa y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió a principios del siglo pasado"¹.

El aprismo jerarquiza el formidable valor del marxismo como instrumento de análisis de la realidad social. Acepta las proposiciones generales de la teoría de la lucha de clases, la concepción dialéctica de la historia - inestimable aporte de Hegel reabsorbido por el **corpus** teórico de Marx -, las líneas troncales de la interpretación marxista del fenómeno antiimperialista. Pero en el tránsito de la teoría a la práctica, en la fase de la aplicación de la metodología marxista al hecho histórico indoamericano, el aprismo llega a conclusiones diversas y opuestas al marxismo. "Para el aprismo la concepción marxista es un antecedente histórico importante, pero no inalienable - subraya el fundador del Apra -, el cual (antecedente histórico) está limitado y relativizado por las condiciones peculiares de su espacio y su tiempo, que son las que determinan su negación dialéctica al ser confrontado con una realidad diferente a la de Europa"².

Aquí aparece un componente básico para la comprensión de la teoría política aprista: su naturaleza sincrética. Trenza equilibrada de marxismo y relativismo dentro de una concepción dialéctica de la historia, propone al mismo tiempo el rescate de los valores inmanentes del conflicto social en el devenir de la humanidad (lucha de clases, polarización recurrente de potencias imperiales y pueblos imperializados), pero interpretados y adaptados de acuerdo con las peculiaridades históricas de cada continente, de cada pueblo, vale decir, su espacio, su tiempo y su historia.

La divergencia entre la concepción marxista-leninista del imperialismo como etapa última o superior del capitalismo y la concepción aprista del imperialismo

¹ **El Antiimperialismo y el Apra**. Edición Juan Mejía Baca. Lima. Perú. 1976. Pág. 150.

² **Treinta Años de Aprismo**. Edición Mejía Baca. Pág. 270.

como etapa primera del capitalismo en los pueblos subdesarrollados se sustenta principalmente en la naturaleza sincrética del aprismo (marxismo y relativismo):

"En Europa el imperialismo es la última etapa del capitalismo, vale decir, la culminación de una sucesión de etapas capitalistas que se caracteriza por la emigración o exportación de capitales y la conquista de mercados y zonas productoras de materias primas. Pero en Indoamérica, lo que es en Europa la última etapa del capitalismo, resulta la primera. Para nuestros pueblos, el capital inmigrado o importado plantea la etapa inicial de su edad capitalista. Si examinamos la historia económica indoamericana descubriremos esta general característica: con el capital inmigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista. Y es Inglaterra - donde el capitalismo define más pronto su fisonomía contemporánea - la nación que inicia la exportación de capitales"³.

Quizás sea necesario ampliar esta observación capital de Haya de la Torre para verificar que se trata de algo de más envergadura que una divergencia de interpretación estrictamente formal. La raíz de esta discrepancia fundamental entre marxismo-leninismo y aprismo se nutre en la historia, esto es, arranca del dislocamiento que operó en el escenario indoamericano el descubrimiento, conquista y colonización de una nueva realidad política, económica, humana y telúrica por obra de un gran imperio europeo.

El espacio-tiempo-histórico americano y el espacio-tiempo-histórico europeo entran en conflicto. El desarrollo de las monarquías teocráticas de base agrario-colectivista, culminación de un itinerario histórico-cultural que desde el paleolítico americano asumió características propias e intransferibles, fue bloqueado por el asalto militar y económico de un sistema de gobierno - imperio mercantil salvacionista lo denomina Darcy Ribeiro⁴ - concebido y consolidado bajo distintos patrones espacio-temporales. Dos culturas, dos etnias, dos opuestas visiones del mundo iniciaron un combate desigual; una, tratando de acelerar con sistemas coactivos militares y barrocas medidas administrativas el desarraigo de las culturas conquistadas; otra, recurriendo primero a respuestas militares inorgánicas y luego a un calculado repliegue sobre sus tradiciones culturales, como un acto defensivo de su identidad histórica.

El imperio monárquico mercantilista español trasladó una estructura socioeconómica - el feudalismo - que aún tenía auge en la península ibérica, pero que ya pasaba a su fase de agotamiento en los países líderes del desarrollo histórico en Europa Occidental: Inglaterra, Francia, Holanda. Una estructura antihistórica, injusta, antieconómica, que reemplazó la propiedad colectiva por la propiedad privada, que sustituyó una economía agraria de subsistencia que desconocía los perfiles del mercantilismo interno y externo por una economía

³ El Antiimperialismo y el Apra. Pág. 89.

⁴ El Proceso Civilizatorio. Universidad Central de Venezuela.

dual de base agrario-minera, basada en la explotación abusiva de la mano de obra y la exportación del excedente, a la metrópoli extranjera. Más aún, el feudalismo europeo asumió en Indoamérica características que se explican por las peculiaridades de su espacio-tiempo-histórico. De esa suerte, el feudalismo, que ya envejecía en la mayoría de los países de Europa Occidental, excepto en España, y se diluía en su tránsito dialéctico al capitalismo mercantilista, se colapsó anacrónicamente en Indoamérica en un movimiento regresivo que, a partir de entonces, marcó una pauta de progresivo distanciamiento en el reloj histórico de ambos continentes.

Mientras Europa Occidental zarpaba rumbo a la primera revolución capitalista, en Indoamérica - y también en la petrificada España monárquica en tanto que piezas indesligables de la misma estructura socio-económica - prosperaban las paradojas: las antiguas clases dominantes feudales eran progresivamente sustituidas por la burguesía y los campesinos abandonaban los feudos para concentrarse en las ciudades europeas; **contrario sensu**, en Indoamérica se generaba un nuevo colonialismo de tipo esclavista al amparo del feudalismo que institucionalizó ominosos servicios personales como la mita, la encomienda, el yanaconazgo, los obrajes que redujeron al regnícola a la condición de siervo. Por otro lado, los campesinos eran recluidos en comunidades indígenas no para que conservaran, como ocurrió de hecho, sus tradiciones agrarias ancestrales, sino como un **ghetto** que facilitaba el control administrativo-político y la extirpación de las llamadas idolatrías.

Así, en tanto Europa se modernizaba avanzando en la revolución tecnológica capitalista, Indoamérica retrocedía en el tiempo y la historia, atrapada en el injerto de feudalismo y comunitarismo que estancaba sus medios de producción. Tomando como punto de partida, a pesar de sus arbitrariedades, la clasificación europeísta de los grandes fastos históricos apreciaremos cómo, a partir del feudalismo, Europa Occidental - y más tarde Estados Unidos y las naciones industriales - se distancia de España e Indoamérica, su reflejo socio-económico hasta mediados del siglo **XIX**. La revolución burguesa se inicia en Inglaterra con la revolución de Cromwell, en Francia llega al clímax con el derrocamiento de la monarquía y se expresa en Holanda con su vigorosa expansión comercial inspirada por sus banqueros y comerciantes. La distribución de los bienes monárquicos y eclesiásticos multiplica la propiedad burguesa. Las tesis de los enciclopedistas desacralizan el supuesto origen divino de la monarquía; el parlamentarismo, germinado en Inglaterra, impulsa la reelaboración de nuevos estatutos de gobierno en las ideas de Montesquieu. Cerradas a piedra y lodo a las ideas de modernización, España y sus colonias indoamericanas flotan en el tiempo histórico, impermeabilizadas a las nuevas concepciones de la política y la economía.

Esta hibernación tecnológico-económica de España y sus colonias indoamericanas contrasta con la formidable ebullición desatada por la revolución industrial en Europa Occidental. "El comienzo del período, esto es, el comienzo de la

revolución industrial - señalan T. K. Derry y Trevor I. Williams - en Gran Bretaña se fecha de forma convencional a partir de la ascensión al trono de Jorge III, en 1760, ya que este acontecimiento fue seguido rápidamente por adelantos claves en la industria textil (1764-69), por las vitales mejoras de Watt incorporadas a la máquina de vapor (1765-76), por un importante crecimiento de la metalurgia en Escocia y el sur de Gales, y por los primeros pasos de la red de canales inglesa. Sin embargo, es más lógico situar hacia mediados de siglo el punto de partida. El largo período de paz bajo el gobierno de Walpole había presenciado el desarrollo inicial de la industria textil, como la lanzadera volante de Kay y las mejoras introducidas en la hilatura por John Wyatt y Lewis Paul⁵.

Por esos años -1759- Carlos III asumía la corona española, iniciando a nivel de la metrópoli un interesante proceso de modernización ideológica, bajo el impulso de asesores como el Conde de Aranda, Floridablanca y Campomanes. Como símbolo de esa renovación espiritual, en 1761 comenzó en España y en Francia la expulsión de los jesuitas. Una generación brillante de pensadores laicos y religiosos como Menéndez Valdez, Jovellanos, Cavanilles y otros demanda la reforma de la enseñanza, sobre la base de la educación gratuita, la obligación gubernamental de difundir la instrucción; es decir, la concepción de la enseñanza como servicio público. Carlos III estableció que la enseñanza fuera entregada a profesores laicos o religiosos no jesuitas. Al mismo tiempo, florecen las agrupaciones literarias y científicas denominadas Sociedades Económicas de Amigos del País, a semejanza de las fundadas en Inglaterra, Francia, Suiza y otras naciones, que estimulan la renovación de los estudios científicos, geográficos, agrícolas. etc. Al principio con timidez, luego con resolución abierta, las Sociedades de Amigos del País se constituyen en arietes contra la escolástica, abriendo las ventanas de España a los vientos de fronda del enciclopedismo. El Padre Feijoo, en su célebre "Teatro Crítico", es el símbolo del **esprit nouveau** que se incubaba en la España del siglo **XVIII**, llegando a sostener una afirmación que tenía sabor a revolución destemplada, aun en la España borbónica de Carlos III: "La Medicina es todo experimental". Polémicas interminables promovieron estas y otras declaraciones enfáticas del Padre Feijoo. Pero indudablemente la Inquisición estaba en retirada, o asumía disfraces hipócritas de impulsivo clericalismo para contener la renovación espiritual.

En medio de estos avances - ciertamente más teóricos que prácticos, que no cumplían en los hechos las realizaciones científicas de la revolución industrial sino meramente los enunciaban - llegaron a plantearse en España algunas sorprendentes soluciones a la problemática social interna y de ultramar. Jovellanos trazó un cuadro desgarrador del atraso y miseria de las masas rurales y la tristeza sempiterna que las impregnaba:

"¿Cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten de manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho

⁵ **Historia de la Tecnología.** Desde 1750 hasta 1900. Siglo XXI Editores. Pág. 406.

muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y el bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una dolorosa inacción, un triste silencio que no se pueden advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico, donde, embozados en sus capas, o al arrimo de alguna esquina, o sentados, o vagando acá y acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si a esto se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de unión y movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a vista de tan raro fenómeno?"⁶.

Más tenebroso y miserable es el cuadro humano y social de las colonias indoamericanas a las que la España dieciochesca ha exportado sus contradicciones: por un lado, minorías intelectuales, ávidas del conocimiento de las ideas enciclopedistas y los avances de la ciencia experimental, y también organizadas en Sociedades de Amantes del País; por el otro lado, masas rurales depauperadas aún más sórdidamente que por el latifundista andaluz o valenciano. El funcionario español Alonso Carrió de la Vandra ha legado relatos pavorosos de los indígenas que eran despedidos entre lágrimas por sus familiares, porque el inhumano trabajo en los obrajes y en las minas representaba una auténtica partida al más allá. El mismo "Lazarillo de ciegos caminantes", sin proponérselo, enfatiza los contrastes entre la corte afrancesada y sensual, versallesca y negligente, a la espera de las naos de Acapulco que transportaban sábanas de Holanda y **bijoutiers** rococós, mientras los intelectuales criollos recurrían a un lenguaje críptico en discursos económicos y en revistas científicas como "El Mercurio Peruano", para manifestar su cansancio y rechazo del colonialismo hispano y los campesinos empezaban a organizarse en movimientos de rebelión formidable, encabezados por Juan Santos Atahualpa y Túpac Amaru II.

En el **Discurso Preliminar de la Enciclopedia**, Jean-Baptiste D'Alembert formula una observación que parece escrita a la medida para los indoamericanos colonizados:

"Uno de los principales frutos del estudio de los imperios y de sus revoluciones es el de examinar cómo los hombres separados, por decirlo así, en varias grandes familias, han formado sociedades diversas; cómo estas sociedades diferentes han originado diversas clases de gobierno; cómo han procurado el distinguirse las unas de las otras, tanto por las leyes que se han dado como por los signos

⁶ "Memoria sobre los Espectáculos". cit. por Jean Sarrailh en **España ilustrada de la segunda mitad del siglo 18**.

particulares que cada una ha imaginado para que sus miembros se comunicasen más fácilmente entre ellos"⁷.

La conciencia de la originalidad indoamericana entre la diversidad europea, la necesidad histórica de construir una nueva sociedad distinta a la sociedad colonial española, otorgan coherencia al repudio instintivo y emocional que suscita el imperio dominador. El indoamericano no sólo quiere ser libre; quiere, fundamentalmente, ser distinto al opresor. Concibe, en consecuencia, dos proyectos políticos que, conjetura, se pueden adaptar a su espacio-tiempo-histórico: los intelectuales y militares criollos urden una república de estructura europeísta que es el destilado del sistema parlamentarista británico y las tesis de los enciclopedistas franceses sobre los derechos del hombre; los caudillos mestizos e indígenas (Juan Santos Atahualpa, Túpac Amaru II, principalmente) sueñan con la restauración milenarista de un nuevo imperio fundado por descendientes de la realeza incaica que involucre a las razas desposeídas: mestizos, indios, negros.

Ambos proyectos bordean los perfiles de la utopía: una lanzada hacia el futuro, otra hacia el pasado. No alcanzan a comprender, por entonces, los intelectuales criollos que los altos ideales humanitarios de los enciclopedistas engloban únicamente ciertas libertades formales y omiten las libertades esenciales idóneas para desembarazar al campesino y al minero de la estructura de propiedad que lo estrangula y minimiza. Calco de una concepción socio-política que corresponde a otro espacio, a otro tiempo y a otra historia, el proyecto político criollo de la república liberal fracasa porque es el producto la desincronización histórica provocado por el trasplante de un esquema europeo a la peculiar realidad indoamericana. Nuestros primeros republicanos imitaron los modelos europeos con ingenuidad conmovedora. Tuvimos Napoleones del trópico, Robespierres andinos, girondinos folclóricos, Madames Sans-Genes a profusión. Así pasamos de Versailles a La Bastilla, de la corte de los Luises a la Convención, y cada general quiso tener su Marengo, su Austerlitz, para acabar recibiendo su Waterloo.

No sólo se vio el gorro frigio en ese desfile de máscaras; también reapareció la mascaipacha. Los caudillos indígenas soñaron la inútil reconstrucción nostálgica de un nuevo incanato. Empresa utópica por cuanto, aunque ese sistema de gobierno y de vida cotidiana estaba en la trama histórica de la fundación de la nacionalidad, ya el Perú - Indoamérica - no es el mismo que conocieron los conquistadores. Ha surgido un complejo mosaico de pueblos no fusionados sino yuxtapuestos, una suerte de Estado multinacional, multirracial y mestizo, multilingüe y pluricultural, geográfica y económicamente desintegrado. Construirle coherencia social, aglutinar sus elementos contrapuestos, recuperar la perdida justicia social, plantea principalmente la creación de un proyecto político autóctono, condicionado a sus peculiaridades sociales, económicas, raciales, geográficas, vale decir, a su propio espacio-tiempo-histórico. Un proyecto que,

⁷ Discurso preliminar de la Enciclopedia. Aguilar. Pág. 59.

por consiguiente, no puede estar anclado en el pasado irrecuperable, ni en la utopía foránea y extraña a su realidad. Un proyecto que debe emanar de sus propias entrañas históricas: un proyecto desde dentro hacia fuera y no al revés.

Un proyecto político autónomo

La independencia plantea a Indoamérica la construcción de su autónomo proyecto político. El desafío es arduo. El espacio es fundamentalmente el mismo que hollaron los conquistadores. Pero sobre ese espacio, semejante al del imperio precolombino y al del imperio colonial, debieran surgir, en términos ideales, otro tiempo, otra historia. Los hombres ya no son incas, mayas, aztecas, caribes; tampoco son españoles, portugueses, franceses. Étnicamente participan de ambos grupos raciales, más el componente africano y asiático que se asimilaría después. Pero históricamente deben ser diversos. Insistimos: **deben ser**. Sin embargo, el proyecto político de la república liberal contiene la trampa histórica del feudalismo y el colonialismo, estructuras de poder que no desaparecen con el hecho formal de la independencia sino que, intactas y algunas veces amplificadas y fortalecidas, se transfieren a otras manos.

Bajo la máscara oficial de la república liberal europeizante, los nuevos Estados indoamericanos son lanzados al encuentro de su tiempo y de su historia, sin lograr resolver el desembarazo del lastre antihistórico de petrificadas estructuras, como el latifundismo feudal. Por un lado, el feudalismo envejece sus estructuras productivas: por el otro lado, la ilusión del ligamen al modelo de modernismo occidental, creada por la república liberal, se enfrenta a su propia caricatura, porque es vano su empeño y no alcanza a sincronizarse con el modelo elegido.

Aprisionadas por las contradicciones socio-económicas que menguan su encuentro con la historia, las nuevas naciones indoamericanas flotan en el nirvana, sin encontrar su identidad. A las contradicciones internas generadas por el feudalismo se agregan las presiones y distorsiones creadas por el capitalismo foráneo que se turna, de España a Inglaterra, y de Francia a Estados Unidos, en la explotación de las materias primas y en el bloqueo de sus apetencias históricas.

La aparición del capitalismo en Europa, como hemos señalado antes, remarca la desincronización histórica entre el Viejo y el Nuevo continente. Indoamérica, que entró a **fortiori** en el feudalismo cuando Europa Occidental estaba en el apogeo del Renacimiento, ingresa al capitalismo cuando éste se ha transformado en imperialismo. Indoamérica no conoció sino los reflejos desfigurados y tardíos del extraordinario proceso económico y tecnológico desatado por la primera revolución industrial, a partir de Inglaterra. Indoamérica no conoció - ni padeció - los esfuerzos de la fabricación de las máquinas de vapor y su aplicación en el transporte marino y terrestre, la creación de la máquina-herramienta y sus productos, la aparición de la industria textil, los nuevos usos del hierro forjado, del acero y el hormigón y todas las innovaciones tecnológicas de ese período.

Indoamérica, al igual que todas las regiones subdesarrolladas del planeta, vivió a espaldas de la génesis de ese proceso que modificó las tablas de valores económicos, limitándose a ser, ya proveedor de materia prima, ya consumidor de bienes suntuarios. Tal como señala Darcy Ribeiro, "al igual que los procesos civilizatorios anteriores, la tecnología de la revolución industrial no se expande como una difusión de nuevos conocimientos libremente adoptables, sino como un reordenamiento de pueblos que, al situar a los precursores de la industrialización en posición superior de dominio y de riqueza, lleva a todos los demás a la subordinación dentro de vastos complejos de naciones dependientes y explotadas"⁸.

La primera revolución industrial sólo se relaciona en términos comerciales y financieros con Indoamérica, sin llegar a penetrar en forma de inversiones directas y de traslado de bienes de capital, como lo realizaría más tarde al advenir la fase imperialista. A mediados del siglo XIX, Inglaterra adquiere guano y salitre por medio de una intrincada red de Intermediarios (consignatarios), que maniató al Estado, convirtiéndolo en espectador nirvánico de las especulaciones mercantilistas del comprador europeo y del comercializador nativo. Advirtiendo la fragilidad de los regímenes indoamericanos avasallados por sus oligarquías internas a las que ha entregado el monopolio del comercio internacional, Inglaterra estrecha más los grilletes, convirtiéndose en prestamista y, consecuentemente, en tenedor de bonos de una deuda pública agobiante. Por un lado, absorbía con rapacidad las fuentes de materias primas, comprándolas a precio vil; por el otro lado, realizaba empréstitos en condiciones de usura.

Shylock fue el símbolo del imperialismo británico finisecular obsesionado en devorarse, lonja a lonja, el cuerpo de la víctima y no en engordarla para sacarle más provecho, tal cual haría más tarde el moderno imperialismo norteamericano. A pesar de sus asombrosas innovaciones tecnológicas, Inglaterra se limita en ese período imperialista a tratar de controlar el comercio internacional y a dictar reglas onerosas en los empréstitos gubernamentales, sin arriesgarse a la inversión directa, a la administración de la extracción de la materia prima. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX, los capitalistas ingleses cruzan el charco para exportar maquinaria, principalmente, en el ramo del transporte ferrocarrilero, minería, agricultura, etc.

Sólida razón asistió a Haya de la Torre cuando en el Primer Congreso Antiimperialista de Bruselas, en 1927, observó que "en Europa el imperialismo es 'la última etapa del capitalismo' - vale decir la culminación de una sucesión de etapas capitalistas - que se caracteriza por la emigración o exportación de capitales y la conquista de mercados y de zonas productoras de materias primas hacia países de economía incipientes"⁹.

⁸ Ob. Cit. Pág. 119.

⁹ **El Antiimperialismo y el Apra.** Pág. 89.

Lo que en buena cuenta subraya Haya de la Torre es que en Indoamérica no se produjo la primera revolución capitalista, esto es, la primera revolución industrial, cuando se estaba operando en Europa. La sumisión de Indoamérica a la cronología europea resalta ese inmenso vacío y nuestra discontinuidad anómala en la sucesión de etapas capitalistas. El rol del capitalismo británico no fue promover la revolución capitalista en los pueblos subdesarrollados. No convenía a sus intereses de entonces que la materia prima se transformase en las ex-colonias españolas, sino que éstas se limitaran a proveerlas de las mismas en estado bruto. Era, pues, una estrategia rigurosamente colonialista. Hasta un marxista tan ceñido a la ortodoxia como André Gunder Frank reconoce las restricciones mercantilistas que se impuso el capitalismo inglés en su expansión al universo subdesarrollado, citando a Rosa Luxemburgo:

"Mientras duró este singular comercio, en el que los ingleses sólo exigían a los latinoamericanos ser tan amables para comprar mercancías inglesas con capital inglés, y consumirlas en su nombre, la prosperidad de la industria inglesa parecía deslumbrante. No había ingresos, sino que el capital inglés se empleaba para impulsar el consumo: los ingleses mismos compraban y pagaban por sus propias mercancías, las que enviaban a América Latina, privándose solamente del placer de consumirlas"¹⁰.

La duplicidad del capitalismo industrial inglés que en Indoamérica opera con características de capitalismo mercantilista acusa su presencia en la economía peruana en condiciones que requieren una explicación matizada. José Carlos Mariátegui apunta con énfasis excesivo que en el período dominado y caracterizado por el comercio del guano y el salitre, el proceso de transformación de nuestra economía, de feudal en burguesa, recibió su primera energética propulsión¹¹. En verdad, los consignatarios del guano actúan con agresividad mercantilista; pero se trata de un simple cambio de estilo de operación, porque en el fondo, consignatarios y latifundistas son las mismas personas, como lo testimonia la actuación de Manuel Pardo en una y otra actividad. Ciertamente también intervienen comisionistas de una nueva burguesía no emparentada con los herederos de la tierra (Quiroz) y empresas de extranjeros establecidas en el Perú (Witt y Schutte). Pero su filosofía económica sigue siendo feudal, rudimentaria, empírica. En la recolección, transporte y comercialización del guano en el mercado británico, no participa ningún tipo de creatividad tecnológica nacional. Los peones que recolectan el guano en las islas son campesinos mestizos o **coolíes** importados, es decir, la mano de obra fundamental de las haciendas feudales de la costa. No aparece, no podía aparecer, por ninguna parte, el obrero especializado, el proletario, de la revolución industrial. El transporte marino es ciento por ciento extranjero. Los comisionistas o consignatarios actúan con la mentalidad de rapiña del señor

¹⁰ **Capitalismo y subdesarrollo en América Latina**. Siglo XXI Editores. Pág. 276

¹¹ **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Colección Literatura Latinoamericana. Casa de las Américas. Cuba. Pág. 14.

feudal: explotan al peón con salarios miserables, explotan al Estado cautivo que ha delegado increíblemente el usufructo comercial del único y por ende más importante producto de exportación en estos aprovechados intermediarios. Y se someten a las reglas del comercio exterior impuestas por Inglaterra, como cualquier azucarero o algodónero, sin importarles un adarme los perjuicios del maniatado y endeudado Estado.

En el segundo período de la exportación del guano, cuando Nicolás de Piérola, como Ministro de Hacienda de José Balta logró romper la ominosa dependencia de los consignatarios y el Estado suscribió el discutido contrato Dreyffus, podría decirse que aquel recurso movilizó la economía nacional y empezó la formación de una nueva burguesía y un incipiente capitalismo. "La capa capitalista, formada en los tiempos del guano y salitre", de que habla Mariátegui, hay que ponderarla con cautela. En el plano interno, la formación del capitalismo industrial se concreta en la aparición de fábricas de galletas y fideos, cervezas, paños y textilera primaria. Inglaterra controla el transporte ferrocarrilero.

Pero antes de que se consolidara el proceso formativo del capitalismo adviene el imperialismo, saltando etapas arrolladoramente, burlando la ordenada secuencia de cambios sociales y económicos que se registra en Europa. El imperialismo, "etapa superior del capitalismo", de acuerdo con Lenin, ya no se limita a participaciones periféricas en el comercio exterior, como en la etapa del guano y el salitre de injerencia inglesa y francesa, sino que efectúa grandes inversiones y sobre todo exporta su maquinaria, su técnica, al propio país. Si el imperialismo británico no trajo la máquina, ésta llega perfeccionada en la minería, en la agricultura, en la industria, con el imperialismo norteamericano. El pusilánime imperialismo británico finisecular es desplazado por el audaz imperialismo norteamericano del siglo XX. Mariátegui recoge cifras estadísticas que comprueban el ocaso británico y el ascenso norteamericano en las inversiones en el Perú: "La participación del capital norteamericano en la explotación del cobre y del petróleo peruanos, que se convierten en dos de nuestros mayores productos, proporciona una ancha y durable base al creciente predominio yanqui. La exportación a Inglaterra que en 1898 constituía el 56.7% de la exportación total, en 1923 no llegaba sino al 33.2%. En el mismo período la exportación a los Estados Unidos subía del 9.5 al 39.7%. Y este movimiento se acentuaba más aún en la importación, pues mientras la de Estados Unidos en dicho período de veinticinco años pasaba del 10 al 38.9%, la de la Gran Bretaña bajaba del 44.7% al 19.6%¹¹.

El imperialismo norteamericano, al propio tiempo que reemplaza al británico, sustituye al capitalismo nacional o convierte a los empresarios nativos en sus testaferros. Jorge Basadre recoge un pasaje significativo del parlamentario Aníbal Maúrtua, en un discurso del 9 de marzo de 1923: "Considero que no han existido capitalistas nacionales antes de la guerra europea. Los grandes capitalistas peruanos, como el señor Larco Herrera y como casi todos nuestros azucareros y algodóneros, antes de 1914, fueron habilitados de los señores Grace, Graham Rowe, Duncan Fox, etc. La guerra les permitió obtener superutilidades para

poder pagar sus deudas y libertarse de hipotecas que afectaban sobre sus latifundios. Después de haber cancelado sus hipotecas, renovaron sus maquinarias y sus elementos de producción¹².

Un frente de clases explotadas

Obviamente, el proceso de penetración imperialista no se circunscribe al Perú, sino también a Indoamérica y el universo subdesarrollado. Y con la aparición del imperialismo surgen, también, las masas organizadas políticamente, rol histórico en el que el Aprismo desempeña un rol pionero. Pero la trascendencia ideológica de la doctrina aprista no se mide únicamente por su antigüedad en los calendarios de los partidos revolucionarios, sino principalmente por la singularidad de su análisis de la penetración imperialista en Indoamérica y por la estrategia que plantea a partir de su interpretación antiimperialista.

Frente al marxismo-leninismo que propugna la revolución y consecuentemente la dictadura del proletariado - tesis que se respalda en la existencia histórica de la revolución industrial del primer capitalismo -, el aprismo objeta la validez histórica en Indoamérica de la tesis política europea y propone la formación de un frente de clases explotadas, en la que tienen cabida los trabajadores manuales e intelectuales, los obreros de las industrias incipientes, los campesinos, los estudiantes, la clase media. En Indoamérica - objeta Haya de la Torre - no existe propiamente un gran proletariado capaz de conducir como clase única la revolución social, como en Europa; el análisis histórico relievra que el capitalismo industrial británico se expresó en términos de capitalismo mercantilista en Indoamérica y no creó un proletariado porque no produjo desarrollo industrial.

Quien trae la revolución industrial es el imperialismo, con su desplazamiento típico de capitales, maquinaria, tecnología. Mas la revolución económica y tecnológica del imperialismo no se concentra únicamente en la industria, sino que abarca otras actividades: la agricultura de exportación de la costa, la minería, el comercio, etc. Este universo de círculos concéntricos que comprende su penetración, involucra y nivela en el mismo frente de lucha, por consiguiente, a obreros y a campesinos, a mineros y a empleados. Una dictadura del proletariado en Indoamérica resulta no sólo antihistórica por la arbitraria extrapolación del análisis de la realidad industrial europea a la realidad agrario-minero-industrial indoamericana, sino fundamentalmente injusta e inapropiada como estrategia antiimperialista.

Haya de la Torre en **Treinta años de Aprismo**, ratifica con estas palabras la observación medular planteada al marxismo-leninismo en **El Antiimperialismo y el Apra**, en 1928:

¹² **Historia de la República del Perú**. Tomo X. Ediciones Historia. Pág. 4734.

"A partir del primer planteamiento de nuestra filosofía política, según el cual 'Europa y América están muy lejos de ser idénticas por su geografía, por su historia y por sus presentes condiciones económicas y sociales, o sea, que si sus respectivos problemas son diferentes, diferentes deben ser sus respectivas soluciones - argumento medular de todo mi libro de 1928 - el Aprismo afirma: Que el imperialismo es la primera o inferior etapa del capitalismo en los países económicamente coloniales, como Indoamérica y que 'con el capital inmigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista'. Pero que el capitalismo así iniciado - diametralmente distinto de como apareció y se conformó en Europa - sólo industrializa parcialmente a Indoamérica con base en la producción de materias primas; pero ni hace la máquina ni llega a: crear una burguesía nacional autóctona y poderosa, suficientemente fuerte para desplazar a las clases latifundistas - prolongación del feudalismo colonial - que con la revolución de la Independencia se emanciparon de la sujeción político-económica de la metrópoli, afirmando su poder por el dominio del Estado. Por consecuencia, quedan coexistiendo en nuestros países con las no abolidas modalidades residuales de producción indígena, el sistema feudal y el incipiente industrialismo que inaugura la producción imperialista; las velocidades económicas ya señaladas. Y el Estado - asimismo disímil del que regenta en las sociedades de avanzado industrialismo - es, en Indoamérica, jurídica y políticamente una expresión simbólica de aquella coexistencia de diferentes grados socioeconómicos que polarizan - como más resaltantes - el feudalismo y el imperialismo. Y éstos necesariamente devienen aliados"¹³.

Sostener esta tesis y sobre todo reconocer con honestidad intelectual que el imperialismo fatalmente trae la industrialización, es decir, trae en un mismo paquete la opresión económica y el instrumento de la liberación económica (la máquina, la tecnología) le ha acarreado al Aprismo y a Haya de la Torre en lo personal, un cúmulo de biliosos insultos políticos embozados de objeciones doctrinarias. Sin incurrir en triunfalismos superficiales, podríamos expresar que la experiencia histórica, tanto a nivel indoamericano como a nivel mundial tiende a otorgarle la victoria doctrinaria al Aprismo. Victoria que se sustenta no en los beneficios providencialistas de la verdad revelada sino en la propiedad de la experiencia histórica. Victoria que reposa en la rectificación de la ecumenicidad de los postulados marxistas-leninistas producida en los países de la órbita socialista y en la vigencia y afirmación de las tesis apristas en el Perú e Indoamérica.

Relativismo del tiempo y el espacio

Pero aclaremos: el Apra no es una vía nacional al comunismo. A partir de su divergencia teórica sobre el imperialismo, última etapa en Europa y países desarrollados y primera etapa en los países subdesarrollados, el Apra forja su

¹³ Ob. cit. Págs. 315-316.

propia filosofía política y su praxis programática, delineando, sin lugar a equívocos, su autonomía conceptual.

En el campo de la filosofía política, Haya de la Torre recusa el determinismo materialista del marxismo y se apoya en la teoría de la relatividad de Einstein, adaptada del campo de la Física al de las Ciencias Sociales, para exigir su cuestionamiento doctrinario:

"La aplicación del Relativismo al determinismo histórico plantea justamente un caso de negación y continuidad dialéctica en la Filosofía de Marx. Más aún, en el relativismo del Tiempo y el Espacio, aplicados a la interpretación marxista de la Historia, radica, precisamente, el fundamento de la norma filosófica aprista. Ahí está la línea dialéctica que une y separa al marxismo ortodoxo y al Aprismo"¹⁴.

Si la percepción de los fenómenos físicos varía de acuerdo con la posición del observador, de la misma manera la interpretación y adaptabilidad de los procesos sociales cambia según la perspectiva que asuma el observador desde su espacio-tiempo-histórico. En este sentido, Haya de la Torre se adelantó en una década aproximadamente a la formulación teórica expuesta por Arnold Toynbee en su **Estudio de la Historia**. En efecto, el notable panorama histórico de la génesis, auge y ocaso de las grandes civilizaciones de todos los tiempos, revisado a la luz de la teoría del desafío ecológico y la respuesta histórico-social a esa demanda, confirma las intuiciones que, humildemente, entre burlas y veras, expuso Haya de la Torre, a partir de ensayos publicados en 1935. El fundador del Apra homologó su teoría del Espacio-Tiempo-Histórico con la obra magistral del historiador británico en su trabajo **Toynbee frente a los panoramas de la historia**¹⁵.

El sincretismo ideológico del Aprismo no sólo se beneficia en tanto que filosofía política del relativismo y el marxismo. Como obra abierta, el Aprismo, en el plano americano, asimila, filtra, decanta, los aportes ideológicos de los precursores de la revolución americana, como Francisco de Miranda y Simón Bolívar, afirmando sus genuinas raíces indoamericanas. De Miranda y Bolívar extrae el impulso de su visión de conjunto de la problemática indoamericana y el "imperativo categórico" de la unidad política y socio-económica frente a la agresión imperialista. De la Revolución Mexicana, cuyo proceso presencié como secretario del Ministro de Educación José Vasconcelos, escudriñó lecciones positivas y negativas; positivas en cuanto a la dinámica de un proceso de masas campesinas que erigió, en los umbrales del siglo **XX**, algunos años antes que la revolución bolchevique, al pueblo indoamericano como protagonista de su propio proceso revolucionario; negativas en cuanto a las contradicciones desatadas en la dinámica revolucionaria por la incoherencia ideológica en la dirección del proceso y la anarquía y lucha fraccionalista derivadas de las fricciones de los

¹⁴ Ob. cit. Pág. 402.

¹⁵ **Obras completas**. Edición Mejía Baca.

caudillos militaristas. De la Reforma Universitaria propulsada desde el movimiento histórico de Córdoba. Argentina, rescata no sólo el sentido renovador, antiescolástico y antidogmático de la enseñanza universitaria sino, principalmente, la proyección popular de la universidad a través de las universidades populares, forjadoras de la conciencia social revolucionaria de los trabajadores manuales. Del movimiento sindicalista de origen anarquista que batalló por la jornada de ocho horas laborales, arranca la filiación genuinamente laborista, que es soporte fundamental de la composición revolucionaria del Aprismo.

Con probidad intelectual desacostumbrada entre nuestras urracas ideológicas, Haya de la Torre enumeró con prolijidad casi maniática la relación de los precursores indoamericanos que, en una u otra forma, en un grado menor o mayor, fertilizaron culturalmente la simiente antiimperialista. Entre los precursores peruanos, el primero es, sin duda, el notable ensayista Manuel González Prada, cuyo devastador análisis de las miserias morales y económicas de la oligarquía criolla impulsó y fortaleció el carácter antifeudal del movimiento aprista. Asimismo, González Prada afina la percepción de la auténtica naturaleza económica del problema indígena y suministra al liderazgo aprista una visión revisionista del pasado histórico peruano que, aún con sus excesos, esclarece y sitúa las batallas del futuro. Tal como señala el profesor Eugenio Chang-Rodríguez, uno de sus más puntuales estudiosos. "Prada no fue político ni filósofo; no legó un programa sistemático de acción, ni formuló una doctrina que sirviera de guía al Perú nuevo que aspiraba. Fue, simplemente, un gran escritor hondamente preocupado por la suerte de su país"¹⁶.

De los precursores indoamericanos, Haya de la Torre rejerarquiza la prédica antiimperialista del escritor y político argentino Manuel Ugarte, quien, con una mezcla de novecentismo y socialismo, denunció en artículos periodísticos y en libros de ensayos la penetración imperialista y resaltó la lucha de Sandino, aunque sin llegar a formular una proposición política específica. El socialismo de Ugarte es ingenuo y retórico, dado su inevitable trasfondo novecentista. En su época, su incesante trabajo de agitación de ideas y su cuestionamiento de dogmas entonces intangibles como la intocabilidad de la propiedad privada, originó reacciones hostiles y alborotos pueblerinos en Argentina. Aún con sus inevitables limitaciones, Haya de la Torre asimila lo asimilable de Ugarte y reconoce su innegable primacía, alcanzando, también, un reconocimiento similar a la obra de renovación intelectual de José Enrique Rodó, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, Enrique José Varona, Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Alejandro Korn, Amado Nervo, Enrique Molina, Pedro Henríquez Ureña, José Santos Chocano, Antonio Caso, José María Vargas-Vila, Alfonso Reyes, Emilio Frugoni, Carlos Vicuña Fuentes, Alberto Masferrer, Omar Dengo y muchos más. Pero, por sobre todos ellos, destacó la figura pionera de Manuel

¹⁶ El ensayo de Manuel González Prada. Sobretiro de la revista Iberoamericana. Abril-Junio de 1976.

Ugarte, por sus peregrinaciones tribunalicias por Indoamérica y Europa y su vigoroso alerta sobre la expansión económica imperialista.

Tampoco omitió Haya de la Torre la presencia del norteamericano Bryan en las campañas contra el imperialismo, quien, según su propia expresión, "actualizó o americanizó con inopinada semántica una terminología que más de una treintena después hicimos nuestra"¹⁷.

Al concluir este sumarisísimo trabajo tenemos presente la escéptica observación de Roger Garaudy: No siempre lo más difícil es resolver los problemas; a veces es más difícil plantearlos. Melancólicas dudas nos asedian sobre la eficacia de este último propósito.

Referencias

- Anónimo, CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMERICA LATINA. p276 -
Anónimo, EL ANTIIMPERIALISMO Y EL APRA. p89, 150 - Lima, Perú, Edición Juan Mejía Baca. 1976; Desde 1750 hasta 1900.
Anónimo, EL PROCESO CIVILIZATORIO. - Universidad Central de Venezuela; Discurso preliminar de la Enciclopedia.
Anónimo, ENCICLOPEDIA AGUILAR. p59 - Siglo XXI Editores;
Anónimo, HISTORIA DE LA REPUBLICA DEL PERU. X. p4734 - Ediciones Historia;
Anónimo, HISTORIA DE LA TECNOLOGIA. p406 - Siglo XXI Editores;
Anónimo, SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA. p14 - Cuba, Colección Literatura Latinoamericana. Casa de las Américas; El ensayo de Manuel González Prada.
Anónimo, SOBRETIRO DE LA REVISTA IBEROAMERICANA. Abril-Junio - 1976;
Anónimo, TREINTA AÑOS DE APRISMO. p270 - Edición Mejía Baca; Memoria sobre los espectáculos.
Anónimo, TREINTA AÑOS DE APRISMO. p289 -
Sarrailh, Jean, ESPAÑA ILUSTRADA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO 18. - Aguilar;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 44 Septiembre- Octubre de 1979, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

¹⁷ Treinta años de Aprismo. Pág. 289.